# Garcilaso de la Vega y su época.

Discurso de ingreso leido por el Académico Iltmo. Sr. D. Alfredo Martinez Ceal. ==

SEÑORES ACADÉMICOS:

### RESPETABLE AUDITORIO:

AMÁS entró en mis cálculos que por derecho propio pudiera subir las gradas de esta mansión señorial y ocupar la tribuna con el carácter de Académico de Número, pues por mis escasos méritos, si tuviera alguno, me consideraba harto pagado con el título de Correspondiente que venía ostentando.

Tengo la evidencia, que únicamente vuestra magnanimidad y el sentido afecto que me dispensáis, habrán sido los argumentos fundamentales que os hayan impelido para otorgarme tan preciada distinción, a cuya inestimable deferencia responde mi eterna gratitud, prometiéndoos hacerme digno del inmerecido puesto de honor que me confiáis en la docta Corporación.

He de significaros, que una nota triste invade mi espíritu en este memorable día, al recordar la irreparable pérdida de nuestro ilustre Director D. Teodoro de San Román y Maldonado (q. s. g. h.). El fué siempre para mí el dilecto maestro por quien sentía intensa veneración y admiraba con acendrado cariño, pues estoy persuadido de que una de sus más grandes alegrías era verse rodeado de sus antiguos discípulos.

Todavía tengo grabadas en mi memoria sus afectuosas frases por mi nombramiento de Académico electo, así como

sus deseos de contestarme al discurso de recepción, donde él pondría de manifiesto el recuerdo de su juventud y mi vida escolar. Mas la realidad se ha impuesto, y aquella venerable figura, maestro de maestros, caballeroso y culto, de recio espíritu, gran patriota y buen cristiano, ha rendido su tributo a la madre tierra. La inexorable Parca cortó el hilo de su existencia, dejando a sus familiares y amigos llenos de dolor y tristeza.

Permitidme, pues, Sres. Académicos, que guarde un minuto de silencio para musitar una fervorosa plegaria, a fin de que el Señor, con su bondad infinita, le conceda a su alma el eterno descanso.



Terminado este deber de afecto íntimo, como caballero y creyente, quiero dedicar un sentido recuerdo al virtuoso y culto sacerdote Dr. D. Eduardo Estella Zalaya, cuya vacante os habéis dignado otorgarme. Por fortuna, en la presente ocasión no ha sido la implacable muerte quien lo separó de vuestro lado, fué su destino como canónigo de la Catedral de Zaragoza, obteniendo dicho puesto en virtud de oposición.

Su ausencia de esta Academia es muy sentida por las brillantes prendas y cualidades que le distinguen, y también por su vasta y sólida cultura, tanto en su campo profesional como en las distintas actividades de la vida intelectual, habiendo logrado justa admiración y respeto por su intenso culto al estudio.

El Dr. Estella, durante su permanencia en esta ciudad de los Concilios, donde desempeñó también por oposición el merecido cargo de Canónigo Archivero-Bibliotecario de la Catedral Primada, exteriorizó su claro talento y profundos conocimientos históricos, acrecentando su valía como organizador del Archivo y singularmente como investigador concienzudo en esa difícil tarea de desentrañar el pretérito leiano.

Como pruebas palmarias y fehacientes pueden citarse:

su excelente y bien documentado trabajo de carácter bibliográfico, relativo a los valiosos «Manuscritos de Santo Tomás de Aquino» que se guardan en la Biblioteca Capitular y cuya obra fué hecha en ocasión del centenario de este insigne teólogo. También es digno de admirar su elocuente discurso dado a conocer en la apertura de la Universidad Pontificia en el curso 1922-1923, referente a «Datos y documentos acerca de la Primacía toledana».

Mas donde se manifiesta verdaderamente gran cultivador de los estudios históricos descollando como un investigador infatigable, es en su notable libro intitulado «El fundador de la Catedral de Toledo.» En esta admirable obra se hace una completa divulgación de los documentos originales conservados en el espléndido y grandioso Archivo Capitular, sobre el Arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada. En ella se pondera con riqueza de datos y afortunados juicios eríticos a esta egregia figura del episcopologio toledano, reflejando con claridad meridiana y la mayor exactitud posible su extraordinaria y patriótica actuación como Prelado y estadista, poniéndose de relieve con supremo acierto, que entre todas las obras ejecutadas en su arzobispado, la que ha inmortalizado su nombre en los fastos de la historia patria, es la erección de la famosa Catedral Primada. Esta interesante y meritísima monografía del Arzobispo Jiménez de Rada resulta una verdadera obra de consulta.

Indudablemente, el Dr. Estella ha dejado un vacío en esta Corporación muy difícil de llenar, y como la designación que habéis hecho ha recaído en mi modesta persona, entiendo, y así lo hago constar sinceramente, que la silla a la cual me habéis elevado y habré de sentarme, es preciso, señores Académicos, yo os lo suplico, que la coloquéis en el último lugar, desde cuyo sitio podré escuchar ávidamente vuestras sabias enseñanzas y sanos consejos, que me harán aprender y sobrellevar discretamente el cargo.

\* \*

Y ahora voy a cumplir el precepto reglamentario de este solemne acto. He de hablaros de uno de los más ilustres hijos de esta inmortal Toledo, que el mundo conoció como el Príncipe de los poetas líricos castellanos, llamado Garcilaso de la Vega. Para ello considero preciso trasladarnos mentalmente a los comienzos de la Edad Moderna, y examinar, aunque de un modo breve, la primera mitad del siglo XVI, por ser la época en que vivió tan eminente vate y heroico soldado.

Mas, antes de hacerlo, os confesaré ingenuamente lo ocurrido con este sencillo trabajo, esperando de vuestra inagotable bondad el ansiado perdón por haber empleado un procedimiento distinto al corriente en tales solemnidades.

Hace algún tiempo estuve enfermo, y cuando ya me consideraba restablecido, traté de iniciar esta labor, mas con profundo asombro y desconsuelo pude observar que de mi pobre intelecto no brotaban ideas completas, ni conceptos armoniosos, ni descripciones claras, y, por lo tanto, mi pluma no obedecía al impulso de una voluntad firme y decisiva.

Ante esa lamentable perspectiva tuve momentos de verdadera indecisión, pero al fin encontré el medio de salvar este compromiso de honor y acudí a la célebre Biblioteca-Museo regida por Minerva, a quien expuse con sinceridad mi angustiosa situación, y comprendiendo el alcance del triste relato, me miró compasivamente, y con aire pleno de bondad y protección me indicó que abriese la vitrina 58 de la estantería 8.º y sacara de ella el maravilloso aparato llamado CLIO, donde hallaría una breve y sumaria exposición de cuanto deseaba.

Este ingenioso aparato era en realidad el famoso Foto-electrófono español perfeccionado, pues llevaba en su mecanismo interior un magnífico compilador, donde estaban colocadas ordenadamente multitud de películas ya impresionadas por este novísimo procedimiento, resultando, como es lógico una interesante enciclografía, porque se hallaban agrupadas sabiamente por colecciones de tratados de ciencias, artes y letras, estando además distribuídas con admirable método entre los numerosos aparatos cuo allí existentes.

Autorizado por Minerva para que pusiera en marcha

aquella maravilla del ingenio humano, con sólo oprimir el botón central exterior, así lo hice si bien coloqué antes sobre una mesa el preciado CLIO, sentéme frente a él y oprimiendo el botón indicado comenzó a funcionar.

¡Qué admiración más intensa me produjo la primera película! ¡Qué cadenciosa sonoridad y qué impresión tan excelente! Lleno de arrobamiento escuché dos películas más, y creyendo que eran suficientes para mi cometido las tres audiciones, intenté parar el aparato ¡nunca lo hubiera hecho! pues en lugar de comprimir el botón central, apreté el de la izquierda, oyéndose inmediatamente un ruido extraño.

Minerva, que se encontraba a mi lado, observando el funcionamiento del CLIO, me dijo entonces. —Habéis obrado de un modo inconsciente, por euyo motivo se ha roto el aparato, y como en el reglamento de este Centro cultural se prohibe, a la persona que cometa faltas de esta índole, su acceso nuevamente al mismo, os lo manifiesto a fin de que lo tengáis en cuenta para lo sucesivo.

Ante esta advertencia cortés, pero firme en su expresión, quedé anonadado. Me levanté automáticamente. Quise balbucir algunas disculpas, pero no supe excusarme. Traté de significarle mi gratitud, más no pude hacerlo. Y entonces, abatido por mis torpezas, con paso lento, tardo y pesado abandoné para siempre aquel fastuoso salón destinado a Biblioteca-Museo.

Afortunadamente había recogido las cuartillas taquigráficas que escribí mientras funcionaba el aparato CLIO, y como no he podido mejorarlas, a pesar de mis buenos deseos, las transcribiré en forma de películas, tal y como las escuché de aquel mágico y extraordinario Fotoelectrófono español perfeccionado.

# PRIMERA PELÍCULA

### La Edad Moderna.

(Burante la primera mitad del siglo XIII.)

### Caracter de Europa.



os encontramos en los albores de la Edad Moderna y en el período de formación de las monarquías absolutas, como necesidad histórica.

Los pueblos de Europa, desde los últimos años del siglo XV hasta mediados del siglo XVI, estuvieron casi en continua lucha, a causa de sus aspiraciones de conquista o por la ansiada independencia. Las pasiones, los odios y las ambiciones, mantenían en constante zozobra a los grandes y pequeños Estados, dando lugar a la formación de ligas y alianzas. La diplomacia se hallaba siempre más atenta al ardor bélico que a la paz venturosa, pues practicaba constantemente una política de intrigas, repleta de perfidia y soborno, todo menos la lealtad y la honradez. Las alianzas que se concertaban como poderoso equilibro internacional, quebrábanse de un modo fácil cuando así convenía a la parte más fuerte, y únicamente se cumplían los tratados por el más débil.

Los países Occidentales, entre ellos Inglaterra, Francia y España, cuyos monarcas tenían el dominio absoluto del poder y también poseían cuantiosos recursos, tanto económicos como militares, dirigían cada uno sus principales esfuerzos a la consecución de la supremacía en Europa, y por consiguiente practicaban con denuedo la política que en todo momento beneficiaba a sus dinastías, pudiendo aseve-

rar que la finalidad buscada era siempre la política de expansión y conquista.

A su vez, en la Europa Central, el imperio Austro-Alemán, constituído de pequeñas soberanías, extendía considerablemente por sus guerras el territorio. También los países del Norte y Orientales guerreaban entre ellos para engrandecer sus Estados.

Por otra parte, los turcos, que se habían establecido en el Continente europeo, tan pronto como conquistaron los Balkanes, teniendo en cuenta su poderoso ejército y formidable marina, procuraron extender sus dominios a través de la Europa Central y el Mediterráneo, con preferencia por el Norte de Africa.

Todavía en esta época hallábase Italia dividida en muchos Estados grandes y pequeños, siendo los de mayor importancia el reino de Nápoles, las repúblicas de Venecia, Génova y Florencia. los estados Pontificios y el ducado de Milán. Todos ellos se encontraban en perpetua agitación, porque eran codiciados por los países más poderosos; así es, que fueron el teatro principal de las campañas efectuadas, y se vieron obligados a combatir.

Sin embargo, las naciones que lucharon constantemente fueron España y Francia. Ambos pueblos, mejor dicho, sus monarcas, era rivales y pretendían dominar en Europa. Sus contiendas tuvieron como causas principales la posesión del reino de Nápoles, el Milanesado y la Borgoña.

Estas campañas llegaron a ser largas, enconadas y costosas. Su primer ciclo realizóse bajo los reinados de los Reyes Católicos en España y de Carlos VIII y Luis XII en Francia. La ejecución del segundo ciclo pertenece en España al reinado del emperador Carlos V, y en Francia al del rey Francisco I. En estas cruentas luchas, tanto los franceses, como los españoles, procuraban aumentar el efectivo de sus ejércitos con ligas y alianzas, especialmente con Estados secundarios. También tomaron parte en esas disputas, Enrique VIII de Inglaterra y el sultán Solimán el Magnífico, quienes esperaban obtener siempre las mayores ventajas para sus territorios.

La determinación de dichas acciones bélicas fué un éxito decisivo y de evidente transcendencia para España, que con legítimo orgullo pudo estentar la supremacía política en Europa. A partir de este instante, el nombre de nuestra amada Patria se pronunciaba en todas partes con respeto, con admiración y hasta con envidia.

Ciertamente, España podía hacer gala de grandeza, lucimiento y boato, pues saboreó el indiscutible triunfo de la victoria, gustó las mieles de la fama y supo imponer dignamente leyes al mundo.

\* \*

A pesar del espíritu guerrero que existe en esta época, los pueblos europeos desean instruirse, y con el desarrollo adquirido por la imprenta se multiplican rápidamente las producciones intelectuales, facilitándose con los libros publicados el estudio y la cultura general, encontrando, por tanto, las personas doctas, un medio excelente para darse a conocer y al mismo tiempo trasmitir sus ideas.

El renacimiento se halla en completo apogeo y aunque se extiende con celeridad de Italia a los demás países europeos, en cada uno presenta su fisonomía propia por ser fruto de una evolución nacional. Para aprender el movimiento literario, artístico y científico, es necesario acudir a los autores clásicos griegos y latinos, y con verdadero interés se traducen, estudian, comentan e imitan las obras de Homero, Tito Livio, Horacio, César, Virgilio, Cicerón, Séneca, Ovidio, Aristóteles, Euclides, Arquímedes, etc..... La instrucción general avanza prodigiosamente hasta alcanzar un nivel más elevado.

Con el descubrimiento del Nuevo Mundo y el de la ruta hacia el Continente asiático, por el cabo de Buena Esperanza, aumentan extraordinariamente las vías de comunicaciones, crece el desenvolvimiento de la agricultura, industria y comercio y se despierta con intensidad la afición al estudio de la náutica y de la geografía, así como a las ciencias físicas, naturales, filosóficas e históricas.

En el aspecto militar, se echan los fundamentos para la

organización de los ejércitos permanentes, cambiándose el arte de la guerra tanto en el orden estratégico como en el táctico, empezando a conocerse la acción combinada de las tres distintas armas, infantería, caballería y artillería, para obtener el mayor efecto útil en el objetivo designado.

También el derecho internacional comienza su iniciación comprendiendo las naciones su necesidad lo mismo en paz que en guerra. Igualmente, la ciencia económica apunta sus primeros destellos para lograr una buena administración.

Y por último, en el orden religioso nace y se propaga con todo vigor la Reforma Alemana, apareciendo al poco tiempo la Contrarreforma, es decir, la nueva organización de la Iglesia Católica establecida en el Concilio de Trento.

Examinado, aunque sintéticamente el carácter de Europa en este período, vamos a describir a continuación y también de un modo sucinto el de nuestra dilecta Patria.

# Fisonomia de España.

### Las Reges Catálicas.

En los comienzos de la mencionada centuria (siglo XVI), gobernaban todavía, aunque ya muy avanzado su reinado, los gloriosos Reyes Católicos D.ª Isabel y D. Fernando, quienes por sus excelsas cualidades hicieron surgir pletórica de esplendor y ávida de fama a la potente nación española, puesto que realizaron la unidad política, religiosa y territorial en el interior y obtuvieron maravillosos resultados en el exterior, abatiendo a los franceses y aumentando nuestros dominios en Italia y Africa. Al propio tiempo descubrieron un Nuevo Mundo, cuya obra parece inspirada por la Providencia, reservando a nuestra querida España el singular privilegio de su alumbramiento.

Estos insignes monarcas robustecieron el poder real sometiendo la nobleza al trono y reformando las costumbres; también lograron reorganizar la hacienda y modificar las leyes; a mayor abundamiento, fomentaron la cultura, el arte y la riqueza nacional, creando el ejército moderno y permanente, llegando a trasformar la marina mercante para que pudiera prestar sus servicios en caso de guerra.

Seguramente, España era, como dice muy bien el distinguido escritor Macías Picavea, «La primera nación de aquella época gloriosa en general cultura, en productos agrícolas, en industrias, en el arte político y militar, en poderío naval y marítimo, en organización civil, en disciplina social y a la vez sociales libertades; grande por sus virtudes, grande por su inteligencia y trabajo, grande por su poder» (1).

Antes de finalizar la segunda década del siglo XVI, se extinguió el reinado de los grandiosos Reyes Católicos (1516), recogiendo la magnífica herencia de la corona de España, su nieto D. Carlos, hijo primogénito de D.ª Juana la *Loca* y del archiduque D. Felipe el *Hermoso*.

### La Casa de Austria.

## Carlos I de España y II de Alemania.

El reinado de Carlos I de España y V de Alemania, tuvo indiscutible preponderancia en el curso de nuestra historia, llegando a ser tal vez el más espléndido de todos ellos; pues este monarca, por su poderoso intelecto, supo elegir los más hábiles políticos para la gobernación de los Estados y los más grandes capitanes para el mando de los ejércitos. Aunque España sufrió durante este reinado fuertes convulsiones, sin embargo, su política produjo admirables consecuencias y fué de gran duración. Contuvo en lo posible el avance de la doctrina protestante en Alemania; humilló a los franceses en sus pretensiones sobre Italia; limitó el poderío de los turcos y aumentó los dominios en América y Oceanía, llegando a dictar leyes al mundo sin que el sol se ocultara jamás en los extensos territorios. Si muchos fueron sus desaciertos por su espíritu ambicioso, tuvo también una

<sup>(1)</sup> El «Problema Nacional».

compensación moral, pues intensificó el cristianismo en aquellos lejanos confines de la tierra donde hoy existen veinte naciones que con orgullo y gentileza proclaman su esclarecida estirpe y cantan las glorias de la raza en el sonoro idioma cervantino.

El emperador, con su preclaro talento, continuó en cuanto pudo la política económica y las costumbres sociales establecidas por los Reyes Católicos, procurando mantener el prestigio del ejército y de la marina.

Sobre la cultura puede decirse que las letras españolas llegaron a irradiar sus primeros y mágicos destellos, con tan prodigioso resplandor, que Europa quedó asombrada al ver la aurora brillante y maje tuosa del Siglo de Oro. También la armoniosa lengua de Castilla alcanzó notable difusión, sobresaliendo de los otros romances patrios y dando lugar a que se iniciase la poesía catellana. Respecto al arte, comenzó a florecer en sus múltiples manifestaciones, afluyendo a España selecta pléyade de eximios artistas extranjeros, los cuales admiraban a nuestra Patria por su extraordinario y fecundo progreso.

En este período de tanta grandeza y ostentación, que las armas, las ciencias, las artes y las letras, ocuparon lugar preferente en el mundo, es donde pasó su existencia el genial poeta y heroico soldado Garcilaso de la Vega.

Descrito, pues, aunque de un modo breve el tiempo en que vivió el famoso toledano, recordemos una vez más su honorable figura colocándola en el cuadro cuyo marco acabamos de bosquejar a fin de obtener una idea aproximada de cuanto significó su nombre en aquella grandiosa época y lo que representa actualmente transcurridas cuatro centurias desde que pasó a mejor vida.

# SEGUNDA PELÍCULA

# Garrilaso de la Nega y Guzmán.

s muy cierto, Sres. Académicos, que la historia española, en el período del Renacimiento, fué pródiga en presentar grandes figuras humanas que llegaron a la cumbre de la gloria, y entre los genios que hicieron su aparición en este mundo, encontramos al Príncipe de los poetas líricos castellanos, Garcilaso de la Vega y Guzmán.

No es mi intención hacer un juicio crítico de este gentil poeta-soldado, porque péñolas mejor cortadas han laborado ya largo y tendido en estos delicados menesteres, y nada podría manifestar ni descubrir mi pobre inteligencia sobre este sublime vate del Parnaso español, que sigue ostentando el glorioso título que tan justa y merecidamente le fué otorgado por los más insignes escritores de todos los tiempos. Así es, que mi disertación se limitará a rememorar con deleite al ínclito toledano, rindiéndole además un sentido homenaje de intensa admiración por considerarle el más excelso vate que atravesó el quimérico pensil de nuestra poesía y el más arrogante capitán que desafió a la muerte en el asalto de una muralla enemiga.

Este ilustre poeta, de noble y claro linaje, nació en Toledo en 1503. Era hijo segundo de D. García, Comendador mayor de León, de la Orden de Santiago, que desempeñó elevados cargos al servicio de los Reyes Católicos, y de doña Sancha de Guzmán, señora de Batres.

Quedó huérfano de padre a los nueve años, mas recibió educación esmeradísima conforme a su rango, y tal vez tuviera por maestro al célebre humanista Pedro Mártir de Anglería, como lo fué de su hermano mayor D. Pedro Laso.

Dada su precoz inteligencia, estudió con asombrosa facilidad y gran aprovechamiento las buenas letras, las artes liberales y las lenguas griega, latina, italiana y francesa, que más tarde llegó a dominar con rara perfección.

Cuando cumplió diecisiete años entró a formar parte de la casa del Emperador Carlos V, y en esta opulenta Corte puso de manifiesto nuestro poeta las elevadas cualidades de que se hallaba dotado moral y materialmente. Sus biógrafos convienen todos que «era un gallardo mancebo, de estatura más bien aventajada que mediana, de justa proporción en sus miembros, teniendo aspecto simpático y varonil, frente ancha y despejada, ojos grandes y de dulce atracción, así como aire noble y distinguido».

Su cerebro privilegiado le hizo conquistar de igual manera la inspiración de las Musas en el monte Helicón, que los laureles en el campo de Marte; también su corazón ardiente y bravo en las batallas, era tierno y amoroso en los madrigales; su mano fuerte y segura que blandía la espada toledana, era sensible y delicada al tañer la vihuela o el arpa, debiendo significar que con la misma gentileza ceñíase el jubón de seda en las fiestas, que se aseguraba el pesado arnés de combate. Indudablemente, era un cumplido caballero en paz y en guerra; un discreto cortesano por su exquisito miramiento en las acciones; un buen patriota porque enalteció las letras y las armas españolas, y un paladín esforzado de la realeza por su ferviente e inconcusa adhesión. Como era muy amante de los ejercicios físicos, resultaba consumado jinete, formidable esgrimidor, excelente gimnasta y gran cazador.

Es innegable, que fué honrado del Emperador por su singular talento y respetuosa cortesía; favorecido de las damas, por su galante seducción y elocuencia insuperable; estimado de sus amigos, por su trato cariñoso y cortés sin afectación alguna, sabiendo captarse de los magnates y altos personajes su benevolencia, amistad y protección, sirviéndole para alcanzar otras preciadas relaciones, a la vez que para estrechar el nexo entre sus parientes, que eran de elevada alcurnia, como la familia de los Toledo.

Desde los primeros pasos de su juventud en la suntuosa Corte de Carlos V, la fortuna le deparó amigos íntimos, entre otros, el afamado poeta Juan Boscán, que por su raro talento y especiales condiciones, llegó a ser ayo del futuro gran Duque de Alba, D. Fernando Alvarez de Toledo. Esta amistad le fué muy valiosa, pues ambos amaban con delirante entusiasmo la literatura y estudiaban juntos las mejores obras latinas, griegas e italianas. A esta fraternal amistad supo unir también la del Marqués de Lombay, D. Francisco de Boria, pues tenían afinidad de caracteres e igual propensión a los estudios científicos e históricos, incluyendo los ejercicios, sin olvidar su idéntica afición a la música, donde encontraban el sumo placer, sobre todo, cuando Garcilaso. con portentosa maestría, desgranaba del arpa o de la vihuela, las melodiosas notas de un bello motivo, cantando además con depurado gusto algunas de sus rimas.

## Garcilaso de la Nega: soldado.

No puede dudarse que Garcilaso, al mismo tiempo que alimentaba su espíritu con el estudio, se formaba militarmente, pues muy pronto y en plena adolescencia tuvo que medir sus armas y hasta derramar su sangre en el campo de batalla, con motivo de la sublevación de las Comunidades.

Es notorio que, cuando el Monarca D. Carlos, vino a España en 1517, para tomar posesión del trono, llegó rodeado de numeroso séquito de flamencos, de condición ambiciosa y dispuestos a gozar de los mayores beneficios, haciendo caso omiso de las instituciones nacionales, cuyo proceder causó dolorosa impresión en los españoles. Este profundo sentimiento se exteriorizó en las primeras Cortes celebradas en Valladolid, pues protestaron de cuanto sucedía muchos procuradores e impetraron del Rey pusiera remedio a tales desafueros, suplicándole también que se dignara perfeccionar el idioma castellano para comunicarse directamente con el pueblo y pudiera comprender sus justos anhelos.

En estos graves acontecimientos, tomó parte activa don Pedro Laso, quien representaba a la ciudad de Toledo, llegando a ser presidente de la famosa Junta Santa celebrada en Avila. Contrario a este modo de pensar era Garcilaso, que permanecía fiel a la causa del Emperador a quien pagaba con gratitud el afecto y la omnímoda protección que éste le dispensaba en todo momento. Como es consiguiente, entre ambos hermanos hubo grandes diferencias, y viendo Garcilaso el peligro inminente en que se hallaba D. Pedro, es muy posible que a su requerimiento el Soberano ordenase su destierro a la fortaleza de Gibraltar, de la cual era alcaide desde el fallecimiento de su padre, en la seguridad que a esta providencia logró salvarse del fatal desenlace que tuvieron los otros caudillos comuneros.

A la muerte del Monarca Maximiliano I, abuelo paterno de D. Carlos, fué elegido éste Emperador de Alemania, cuyo nombramiento colmó sus aspiraciones; mas el sufrido pueblo español sintió honda pesadumbre, pues comprendió que se ausentaría por tal circunstancia y tendrían que sufragarle los gastos consiguientes a su nueva coronación. En efecto, Carlos V decidió emprender el viaje a Alemania, y para llevarlo a cabo convocó Cortes en Santiago de Galicia, pidiendo un subsidio de 400.000 ducados, que con grandes protestas le negaron los representantes de las ciudades. Ante esta rotunda negativa, ordenó el Rey fueran trasladadas para su continuación a La Coruña, donde se le otorgó este auxilio extraordinario.

Antes de embarcar, el Emperador quiso dar una prueba de su real aprecio a Garcilaso, que siempre le acompañaba, y en 26 de abril de 1520, le nombró *Contino* de su casa con ración y quitación en cada año de 45.000 maravedises.

Tan pronto como D. Carlos salió de España, abandonó La Coruña el ilustre Garcilaso, regresando a Castilla, donde estuvo combatiendo ardientemente contra los comuneros, pues las ciudades castellanas se habían sublevado. En estas luchas peleó siempre como un esforzado caballero y fiel vasallo del Emperador, recibiendo el bautismo de sangre en Olías, donde fué herido. Por su conducta ejemplar y bravura significada, recibió plácemes y fué propuesto para mercedes, como lo testimonia el certificado que en 12 de mayo

de 1522 expidió a su favor D. Juan de Rivera, Capitán General de Toledo, en el que se hace constar que Garcilaso, durante la ausencia del Monarca en Flandes, «ha servido muy bien y muy continuamente hasta el día de hoy, y en todas las cosas pasadas se ha hallado y ha peleado, y lo ha fecho como muy buen caballero y servidor de sus Magestades, y en la de Olías salió herido de una herida en el rostro, y en todo lo pasado y presente lo ha fecho tan bien y con tanta voluntad y trabajo de su persona, que demás de se le librar y pagar sus quitaciones tiene muy bien merceido y servido que sus Magestades le hagan mercedes».

El desastre final de las Comunidades en Villalar puso en condiciones al partido del Emperador para oponerse a la invasión de los franceses que pretendían, mientras estaba ausente Carlos V, apoderarse de Navarra con el pretexto de restituir a Enrique de Albrit en el trono. Es evidente que el ejército enemigo, al mando de Andrés de Foix, invadió España, haciéndose dueño de Navarra, y queriendo conquistar también a Castilla, llegó hasta Logroño, donde se detuvo su marcha triunfal por la resistencia heroica de la plaza. A partir de esta situación, los bravos castellanos, olvidando sus contiendas y dando pruebas de patriotismo y lealtad al Monarca, se unieron a las tropas reales y combatieron con valor y gallardía, derrotando completamente a los franceses que tuvieron que repasar los Pirineos.

Con motivo de esta guerra, Garcilaso estuvo en Burgos, Valladolid, Logroño, Pamplona y Fuenterrabía, donde pudo distinguirse, pues se batió con heroismo, consolidando su fama de valiente paladín, cuyos excelentes servicios tuvo muy en cuenta el Emperador, toda vez que, a su regreso a España, le nombró Gentil-hombre de la casa de Flandes, cesando en el cargo de Contino de la de Castilla, y concediéndole una renta anual de 60.000 maravedises.

Además de tan honrosa distinción, el Rey le hizo merced del hábito de Santiago, según cédula expedida en la ciudad de Burgos el 16 de septiembre de 1525. Y en el Monasterio de San Agustín, en Pamplona, el Marqués de Villafranca, le armó caballero, brindándole su amistad y protección, de

cuyo generoso ofrecimiento recibió grandes beneficios, singularmente cuando el citado Marqués fué nombrado Virrey de Nápoles, y el inspirado poeta-soldado estuvo directamente a sus órdenes.

A los veintitrés años de edad, Garcilaso que tantas veces, salió victorioso de los combates, tuvo que rendir caballero-samente sus armas al amor, que cauteloso se había apoderado de su alma. Una noble y bella joven supo inspirarle la emoción más sublime de la vida y sin duda alguna debieron ser tan deliciosos sus coloquios, que sus corazones latiendo al unísono llegaron a construir un hogar feliz y encantador. Garcilaso de la Vega, en el año 1526, contrajo matrimonio con D.ª Elena de Zúñiga, dama de la hermana de Carlos V D.ª Leonor de Austria, Reina viuda de Portugal y futura Reina de los franceses.

No duraron mucho tiempo las delicias en el nido del amor, pues Garcilaso, por las exigencias que le imponía su importante cargo en la Corte, vióse obligado a seguir las vicisitudes del Emperador, que se hallaba sometido a una actividad constante, teniendo en cuenta la lejanía de sus vastos territorios y las envidias de sus enemigos por el predominio alcanzado en Europa.

Deseando el Monarea recibir la corona imperial de manos del Pontífice, le acompañó en esta excursión Garcilaso. Partieron de Barcelona para Italia, y en Bolonia el 24 de febrero de 1530, Carlos V, cuando cumplía treinta años de edad, fué coronado por el Papa Clemente VII. Las fiestas que se organizaron fueron espléndidas, suntuosas, dignas de la grandeza del Emperador más poderoso de la cristiandad. Tan fastuosas y brillantes, que los cronistas y escritores las ponderan en tal forma que parece no se habían celebrado jamás otras con igual majestad y pompa. En cuanto al lujo y ostentación, fueron los españoles quienes se distinguieron de todos los demás, como así lo acredita el Obispo Sandoval en su relato de la Historia del reinado de Carlos V, cuando dice: «.... bien de mañana acudieron al palacio del Papa y Emperador todos los Cardenales y los otros Prelados con el mayor y mejor acompañamiento que pudieron y asimismo

todos los Príncipes y caballeros seglares de todas naciones, los más ricamente vestidos de brocados de oro y plata y telas finas y recamados de oro y piedras y perlas, que jamás se vió riqueza semejante, galanas y costosas las libreas a sus criados y servidores, en lo cual, a juicio de todos, los caballeros españoles se señalaron y aventajaron más.» Como en dichas fiestas hubo magníficos torneos, acudió solícito Garcilaso, con su gesto de hidalguía, mostrando cuánto era su valer y destreza en las justas.

Terminada la coronación, Carlos V marchó a Alemania para detener el impetuoso avance de los turcos, que habían penetrado en Austria, sitiando a Viena; mas Solimán el *Magnífico* tuvo que abandonar este propósito porque sus tropas fueron derrotadas. No obstante esta victoria, don Carlos continuó en aquel país a fin de impedir, en lo posible, los rápidos progresos que alcanzaban las continuas predicaciones de la doctrina luterana, la que causaba hondas perturbaciones, puesto que esta secta religiosa tomaba carácter político, sumándose a ella los Príncipes alemanes, quienes pretendían sacudir el poder del Emperador.

Mientras tanto, Garcilaso permaneció en Italia para prestar sus servicios en la reconquista de la soberanía de Florencia, pues así lo dispuso el Emperador, a fin de restituir en el gobierno a los Médicis, según acuerdo establecido con el Pontífice. Mas a estas pretensiones se opusieron los Florentinos y lucharon desesperadamente, siendo inútil su empeño, porque las tropas imperiales fueron arrebatándoles las ciudades hasta llegar al cerco de Florencia, y allí pelearon con heroismo ambos contendientes, pero al cabo rindióse la plaza. Carlos V tuvo conocimiento del resultado de esta campaña en Augusta, donde se encontraba, sabiendo al mismo tiempo la infausta nueva de la muerte de Juan de Urbina, uno de los más bravos capitanes del ejército español.

Tan sobresalientes fueron los méritos contraídos por Garcilaso en esta jornada de Italia, que en remuneración a ellos, por real cédula de 17 de abril de 1530, se le otorgó «en lugar de los gajes que tenía por Gentil-hombre, 80.000 maravedises anuales de por vida, librándosele de tres en

tres años, con la ventaja de disfrutar esta pensión pudiendo estar en su casa sin obligación de servir ni residir en la Corte.» Como es consiguiente, al término de esta campaña, Garcilaso regresó a su hogar.

A pesar de hallarse disfrutando de un merecido descanso en la mansión toledana, estuvo por muy limitado tiem po pues en la Corte su nombre era inolvidable y se comentaba con entusiasmo el heroico comportamiento y hazañas que realizó en la guerra contra los florentinos y también los legítimos triunfos que obtenía como poeta, siendo leídas con agrado sus bellas composiciones. Si a este honroso concepto que de Garcilaso habíase formado, se añade que las damas le consideraban como el más gentil caballero de la Corte, no es aventurado suponer que al reunir tan excelentes cualidades, la Emperatriz Isabel influyera cerca de su marido Carlos V a fin de que fuese designado para una embajada en Francia.

Con motivo del casamiento del Rey Francisco I con doña Leonor de Austria, esta reina escribió a su cuñada la Emperatriz Isabel diciendo lo dichosa que era en su nuevo matrimonio y lo bien recibida que había sido por los franceses. La grata expresión de estos sentimientos hizo concebir a la Emperatriz la esperanza de que pudiera ser causa para mantener sinceras relaciones y sustentar una paz duradera; así es, que se lo comunicó en carta a su esposo, haciéndole ver la conveniencia de nombrar un embajador extraordinario con la finalidad de cumplimentarla, indicándole para este importante cargo a Garcilaso, cuyo nombre aceptó Carlos V sin objeción alguna.

El ilustre Fernández Navarrete describe de una manera admirable este cometido, diciendo: «La elección no podía ser más acertada y manifiesta el singular tino que la imaginación femenil suele tener para este género de asuntos. No sólo debía causar placer a la Reina Leonor la visita de un antiguo amigo casado con una de las damas que le habían servido antes de su matrimonio, sino que éste, en una Corte tan galante y caballerosa y con un Rey que obtuvo el título de Padre de las letras, favoreciendo a los poetas de Italia y animando a los que despuntaban en Francia, tenía que captarse

el respeto y admiración como el más gallardo mancebo y elegante poeta de España dando a los franceses una idea muy ventajosa de la cultura española y de la Corte del Emperador y preparando los ánimos a la benevolencia para asegurar el efecto del viaje. Llevaba además prevención secreta de averiguar, por medio de los Embajadores lo que en París se pensaba y de examinar lo que se hacía en las fronteras, aunque por entonces no había bullicio ni apariencias de guerra.»

En la Corte de Francisco I pudo Garcilaso ofrecer sus respetos a la hermana del Rey, la Princesa Margarita, espléndida protectora de las letras; también conoció a muchos sabios y consejeros del soberano y a los grandes poetas Saluste y Marot, visitando la imprenta del célebre griego Juan Lascaris, que era un gran coleccionador de interesantes manuscritos.

Por los gastos que tuvo que hacer en esta comisión recibió Garcilaso 500 ducados oro.

Al terminar la embajada nuestro poeta-soldado, marchó a Italia en virtud del llamamiento que el Marqués del Vasto, Capitán general de las tropas españolas en aquel país, hizo a cuantos hubiesen estado en la campaña de Florencia para que nuevamente tomasen las armas y se aprestasen a la lucha. Después de permanecer algún tiempo a las órdenes del citado Marqués, pensó volver al solar patrio, pues se hallaba fatigado de una guerra tan cruenta y destructora y además sentía la nostalgia del hogar y el deseo acuciador de entregarse a sus aficiones de la poesía. Para el logro de estos pensamientos, pidió se le destinase a un regimiento de Toledo, pero le fué denegada la petición porque el Emperador lo consideraba, sin duda, más necesario frente al enemigo por su ejemplo de caballerosidad y aptitud para el mando que en el desempeño de un cargo, por muy importante que fuera, en una guarnición de Castilla. Al terminar la guerra regresó a España; mas no fué para atender al descanso de las fatigas pasadas, sino con el fin de prepararse otra vez a realizar un nuevo viaje a Alemania, en compañía del joven Duque de Alba, D. Fernando, su amigo y pariente.

Esta determinación estaba justificada, puesto que hallándose Carlos V en Ratisbona, donde se celebraba la Dieta entendiendo en el grave conflicto planteado por la secta protestante, llegó a su conocimiento que el sultán de Turquía, Solimán, enviaba un poderoso ejército para atacar nuevamente a Viena, y como los Reyes de Inglaterra y Francia, por envidias y celos del glorioso encumbramiento del Emperador, no sólo dejaron de prestarle su apoyo, sino que favorecían en lo posible a los turcos, para que pudieran abatirle más fácilmente y cesara su hegemonía en Europa, dió lugar a que D. Carlos comprendiera su apurada situación e invocase con apremio a la nobleza española para que acudiera en socorro de aquella hermosa ciudad imperial y pudiera contenerse el ímpetu arrollador del formidable ejército turco.

Esta fué la causa de que Garcilaso se pusiera en camino y acompañase al Duque de Alba, que hacía poco tiempo había contraído nupcias con la noble dama D.ª María Enríquez, lo cual da una idea sublime del espíritu que animaba a los caballeros del siglo XVI.

Cuando llegaron a Tolosa ocurrió un lamentable contratiempo, pues fué detenido Garcilaso por el Corregidor de Guipúzcoa, de orden de la Emperatriz, con motivo de haber intervenido como testigo en el casamiento de un sobrino suyo, llamado como él, hijo de su hermano mayor D. Pedro Laso, con D.ª Isabel de la Cueva, sobrina del Duque de Alburquerque y heredera de cuantiosos bienes.

A esta boda se oponían sus Majestades, y para el cumplimiento de la soberana voluntad, el Emperador desde Flandes expidió cédulas reales con objeto de que tuvieran concimiento los interesados y se impidiera tal enlace, pero cuando llegaron a España estos despachos, ya se había celebrado el desposorio en Avila (1531). Por esta intervención de Garcilaso, la Emperatriz le condenaba al destierro del reino y prohibición de entrar en la Corte del Emperador sin su licencia.

Mientras se tramitaba esta información por el juez, el Duque de Alba permaneció impasible; mas cuando se enteró de la sanción impuesta, dió una prueba de íntimo afecto y de recio temple de espíritu, difícil de superar en aquella época que era de rígida disciplina y ciega obediencia al mandato de los Reyes absolutos, pues elevó un respetuoso, pero enérgico escrito, a la Emperatriz, suplicándole pusiera a Garcilaso en libertad, porque de no hacerlo, él no acudiría al llamamiento que le había hecho el Soberano.

La Emperatriz dió cuenta detallada de este asunto a su esposo D. Carlos, en carta que le escribió desde Medina del Campo, fechada en 19 de febrero de 1532, y al mismo tiempo le decía: escribióme el Duque (de Alba), que porque no pasaría adelante sin Garcilaso le mandase dar libertad.

Es indudable, que la Emperatriz accedió a esta petición, pues ambos continuaron juntos el viaje hasta que se presentaron en la Corte del Emperador. El Duque de Alba fué recibido por Carlos V con agrado y le informó del curso de la guerra, y a Garcilaso le notificó su destierro a la isla de Schut, la cual está formada por el río Danubio que se divide en dos brazos, que empiezan más abajo de la ciudad de Presburgo y terminan en la de Komorn. En esta isla de vegetación exhuberante y en plena primavera pasó su destierro Garcilaso, y si bien la espada toledana estuvo ociosa, la áurea pluma supo escribir con presteza y galanura los armónicos versos de su Canción tercera, celebrando con peregrino ingenio las bellezas de esta encantadora isla danubiana.

Mientras tanto, el Soberano con el respetable y temido ejército que llegó a formar compuesto de españoles, italianos y alemanes, obligó a retroceder hasta Constantinopla a las tropas turcas, alejando el temor que sentía la cristiandad con semejante guerra. En esta memorable campaña dibujó vigorosamente la silueta de caudillo el Duque de Alba, pues causó gran admiración en todos su heroico valor y excepcional disposición para el mando.

Apenas si llevaría tres meses en el destierro Garcilaso, cuando ya el Duque quiso impetrar del Monarca el ansiado perdón. En 25 de junio de 1532, cumplimentó al Soberano en una aldea próxima a Ratisbona, donde se hallaba tomando

baños, y entre otras consultas, peticiones y súplicas, le presentó la que a continuación se detalla: «En lo de Garcilaso paresce que pues confiesa la culpa que tovo, y pide a V. M. perdón della, que V. M. le podrá enviar por el tiempo que fuese servido a un convento, o a alguna de las fronteras de Africa, o en el armada que se hace, o a Nápoles para la defensión del reino, o mandarle servir a V. M. en esta jornada, guardando la carcelería que tiene, hasta que V. M. salga para ir al campo.—Suplícalo el Duque de Alba con tanta instancia cuanta V. M. sabe.»

El Emperador, teniendo en cuenta el prestigioso nombre del peticionario y el cariño que le profesaba, leyó detenidamente este memorial, resolviendo conforme al ruego que se le hacía y ordenando al Secretario Cobos que al margen del documento presentado escribiese lo siguiente: «Que vaya a Nápoles a servir allí por el tiempo que fuere la voluntad de su Majestad, o al convento que más él quisiere.»

Habiendo Carlos V designado por entonces Virrey de Nápoles al Marqués de Villafranca, D. Pedro de Toledo, tío del Duque de Alba, nuestro poeta-soldado no podía vacilar en la elección de su destino y se acogió a la paternal protección del Virrey, partiendo con él desde Alemania para Nápoles, a donde llegaron el 4 de septiembre de 1532.

Durante este viaje visitaron Roma, siendo recibidos por el Pontífice y Cardenales con toda suntuosidad y grandeza. En la ciudad eterna, siempre misteriosa y opulenta, pudo extasiarse Garcilaso en la contemplación de las venerables ruinas de la antigüedad y las bellísimas obras artísticas del Renacimiento, encontrando grandiosa magnificencia en los maravillosos trabajos realizados por Miguel Angel y Rafael Sanzio.

Mientras estuvo en Nápoles vivió los años más dichosos de su vida; pues gozó del encanto seductor de esta ciudad de espléndido cielo, radiante sol y templado clima. Con la omnímoda protección del Virrey, del que era confidente, llegó a disfrutar con toda plenitud de los placeres de una fastuosa Corte en la que se prodigaban las fiestas, torneos y reuniones de la más elevada sociedad, pletórica de bellas y

elegantes damas, haciendo de esta gran población un vergel frondoso para el amor.

Las distinguidas cualidades de Garcilaso, fueron también motivo para que lograse rápidamente conocimientos y relaciones muy estimadas y tuviera amigos que le querían con toda sinceridad y le admiraban por su esclarecido ingenio, pudiendo citar, entre ellos, a Julio César Caraciolo, Fabio Belprato, Mario Galeota y Marqués del Vasto, a quienes dedicó varios sonetos. Entre las damas de la nobleza, puede contarse especialmente a D.ª María de Cardona, Marquesa de la Pádula, inspirada poetisa, en la que resplandecía, más que la hermosura, su inteligencia, simpatía y donaire, por cuyas excelsas dotes le consagró otro soneto.

Es innegable, que a su alma llegaba con intensidad el delicioso y sugestivo influjo del ambiente que le rodeaba, y como era de espíritu selecto y juicio singular, sirvióle quizá esta hermosa percepción de poderoso acicate a su claro talento para concebir sus preciadas obras literarias, siendo muy cierto que en la residencia napolitana, próximo al sepulcro del exquisito Virgilio, y deleitándose a menudo en la lectura de los famosos libros de Horacio, Dante y el Petrarca, escribió sus mejores composiciones, que le proporcionaron indiscutible éxito en aquella época y la fama imperecedera que le aureola actualmente.

De los amoríos y galanteos de Garcilaso tuvieron conocimiento algunos de sus amigos, sobre todo Juan Boscán, pues en sus bellos sonetos y canciones expresaba dulces enamoramientos, tristes desengaños y hasta la amargura por la pérdida de la mujer amada.

La generosidad de este vate toledano fué magnánima, porque llegó, no sólo a emplear los elegantes y suaves acordes de la lira en sus poemas amorosos, sino que puso a merced de los amigos la inspiración que poseía, como lo testimonia la brillante canción horaciana titulada: A la Flor de Gnido, que galantemente escribió para que la dama doña Catalina San Severino, depusiera su aptitud esquiva y correspondiese al amor que Mario Galeota le profesaba.

También cultivó la amistad de distinguidos poetas, entre

otros, Bernardo Tasso y Luis Tansillo, cuyo trato era muy agradable al Virrey, que protegía a tan excelentes vates, debiendo significar que este noble prócer alentaba con patriotismo a Garcilaso para que procurase con su privilegiada inteligencia elevar la literatura española al rango que le pertenecía y pudiera tomar carácter propio dejando de ser tributaria de la italiana.

A los halagos y favores recibidos del Marqués de Villafranca, correspondió en la medida de sus fuerzas, dedicándole la Egloga primera, que escribió a la muerte de la bellísima y noble dama portuguesa D.ª Isabel de Freyre, esposa de D. Antonio de Fonseca, y que según parece fué su Musa predilecta. Además, puso de relieve la gratitud que sentía por la familia de los Toledo en la Egloga segunda, donde describe y enaltece a la casa de Alba, de la cual formaba parte su protector.

Garcilaso no se hallaba en Nápoles exclusivamente dedicado a la vida placentera de la Corte, sino que tomaba parte activa en los asuntos políticos por ser muy versado en ellos, resultando un auxiliar inteligente, discreto y eficaz del Virrey, que estimaba en mucho sus valiosos servicios, empleándole siempre en los negocios más arduos de gobierno, como lo acredita el siguiente hecho. Cuando el Emperador creyó asegurada la paz por la retirada que de Hungría hizo Solimán, decidió regresar a España, pasando por Italia y embarcándose en la flota del almirante Andrea Doria, arribó a Barcelona en el mes de abril de 1533. A esta ciudad llegó en 26 del mismo mes Garcilaso, siendo portador de varias cartas del Marqués de Villafranca para su Majestad, dándole cuenta de los graves sucesos que ocurrían en su virreinato.

Terminada satisfactoriamente esta misión, pudo Garcilaso abrazar a su ínt mo amigo Juan Boscán y cumplimentar a su esposa D.ª Ana Girón de Rebolledo, distinguida dama de noble familia valenciana. Con gran alegría se enteró que era un matrimonio feliz y que Boscán se había establecido ya de un modo definitivo en Barcelona, dedicándose a sus trabajos literarios. Por esta razón, tan pronto volvió a Italia le mandó un ejemplar del famoso libro El Cortesano, del Conde

Baltasar de Castiglione. Leído que fué por Boscán, y pareciéndole muy interesante, lo tradujo al castellano, escribiendo Garcilaso un delicado proemio en esmerada y elegante prosa, que es una maravilla de dicción.

Nuestro poeta, antes de su retorno a Nápoles, vino de la ciudad condal a Toledo, descansando unos días en su hogar al lado de su esposa D.ª Elena y de sus hijos Garcilaso, Pedro y D.ª Sancha, a quienes amaba tiernamente.

#### Coma de Tunez.

El acto de presencia que en la primavera de 1534 hicieron en las costas de Italia las galeras del pirata Barbarroja, que había sido nombrado Almirante del Sultán de Turquía Solimán, causó asombro en Europa y puso en guardia a Carlos V, que procuraba mantener el poderío naval en el Mediterráneo. Las audacias del mencionado corsario fueron inauditas, pues incendió bajeles, cometió saqueos horribles en muchas ciudades y se llevó numerosos cautivos. Gaeta, Citrario, San Lúcido, Prócida, Spelunca y Fundi, sufrieron cruelmente los estragos del desembarque turco. También Roma temió su furor, porque sabía la derrota en Cerdelo del Almirante Doria. Y Nápoles, a su vez, pasó días muy amargos, considerando las escasas fuerzas que tenía para la defensa, siendo superiores las del enemigo, y es probable que de haber sido atacada hubiera conocido su derrota.

Ante esta situación angustiosa y llena de peligros, el virrey comprendió la necesidad de poner en antecedentes a Carlos V y de nuevo envió como emisario a Garcilaso que llegó a Barcelona en el mes de septiembre de 1534 y cumplió fielmente su dificil cometido. Una de las cartas que el Marqués de Villafranca escribía al emperador, era recomendando a nuestro poeta para la castellanía de Rijoles que había quedado vacante por fallecimiento del que la ocupaba y cuya misiva decía lo siguiente: «La persona que se me ofresce acá en quien me paresce estaria bien empleada es Garcilaso, que es quien V. M. sabe, y aunque ha dado algunos enojos a V. M., en el tiempo que era razón servir con su persona y

lo poco que tenia lo hizo como caballero y como era obligación al servicio de V. M.—Dicho Garcilaso es persona para servir en todo lo que se le encomendare, y con hacerle V. M. esta merced yo haré que traya a su mujer y se arraigue acá, porque sin falta él sabrá servir también como todos cuantos acá están y teniendo Garcilaso dicho castillo, pues vuestra Majestad ama tanto aquella cibdad, será mucha parte para que esté en toda fortificación y buena orden, porque no hará lo que otros castellanos han hecho.—Esto suplicamos a V. M. dicho Garcilaso y yo tan humildemente y con tanta instancia cuanto podría encarecer que lo estimaré por tan propia merced, como lo es haciendo merced de ella V. M.»

A pesar de las razones expuestas por el Marqués de Villafranca y del sumo interés demostrado porque a Garcilaso se le concediera ese puesto de confianza, el Emperador se negó en absoluto a favorecerle, aun conociendo sus buenas cualidades y los magníficos servicios que venía prestando.

No solamente dió el Monarca su negativa en esta ocasión, sino que también lo hizo más tarde a otra carta escrita en 20 de enero de 1535 por el Virrey en favor de nuestro poetasoldado, en la cual suplicaba a su Majestad que mientras Garcilaso estuviera en Italia, suspendiera el pleito que tenía en España con la Mesta, que no le pagaba el servicio y montazgo de la ciudad de Badajoz, que era suyo por haberlo heredado de su padre.

Aun cuando el Emperador sostenía esta actitud, jamás se lamentó de ella el poeta, pues como buen caballero, dábase cuenta de su situación y disculpaba el enojo del Monarca, si bien pensaba que transcurrido algún tiempo volvería a su favor porque él estaba dispuesto a excederse en el cumplimiento de sus deberes, siendo capaz de derramar una vez más su sangre por la Patria y por el Rey.

Algunos meses después de su regreso a Nápoles, donde se hallaba haciendo la vida ordinaria que le imponía su cargo honorífico cerca del Virrey, llegó la noticia de que la escuadra de Barbarroja se había apoderado del reino de Túnez, cuyo suceso produjo enorme pánico en la cristiandad. Carlos V comprendió inmediatamente que esta privilegiada

posición de la armada turca constituía una grave amenaza para los territorios españoles y creyó llegado el momento de atacar a este temible enemigo y destruirlo.

Para realizar semejante empresa, reunió una poderosa escuadra compuesta de flotas italianas, españolas y alemanas que llevaban a los mejores capitanes y aguerridos soldados del ejército. En Barcelona embarcó el Emperador y dió el mando de las flotas a los almirantes Doria y Alvaro de Bazán. De esta memorable y victoriosa expedición formaba parte Garcilaso, pues el monarca accedió gustoso a su requerimiento de asistir a la campaña.

En el mes de junio de 1535, la formidable armada imperial abordó a las costas tunecinas. Muchas y verdaderas pruebas de gran valor, entereza y sufrimientos tuvieron que mostrar las fuerzas cristianas en sus continuos y encarnizados combates con los musulmanes. Mas asaltada la fortaleza de la Goleta y completamente derrotadas las tropas que al mando de Barbarroja defendían la entrada de la ciudad, ésta fué tomada inmediatamente por las armas imperiales, y antes de tres meses quedó conquistado el reino de Túnez. Carlos V restableció en el trono a su Rey Muley Hassen, vasallo de España, y devolvió la libertad a muchos cristianos.

En esta breve pero brillante campaña, que produjo admiración a Europa, fué donde Garcilaso peleó con denuedo, dando a conocer el empuje de sus armas en las sangrientas escaramuzas y reencuentros que tuvo con el feroz enemigo, hasta que hallándose combatiendo próximo a Túnez, contra una multitud de moros, fué herido de dos lanzadas, una en la boca y otra en la mano derecha, siendo socorrido prontamente por el caballero napolitano Federico Carraffa, con su valiente tropa, librándole quizá de una muerte segura al ilustre poeta toledano. El Emperador también tomó parte en este combate y batióse con intrepidez durante mucho tiempo, estando dispuesto a evitar que tan esforzado paladín quedase en poder del enemigo.

Mientras estuvo en la Goleta atendiendo a la curación de sus heridas, supone el distinguido escritor Cienfuegos, que tuvo una aventura galante a pesar de hallarse maltrecho y algún tanto desfigurado, si bien él sabía disimular las cicatrices del rostro con la pulcra y espesa barba que ostentaba orgulloso.

Cuando el Emperador embarcó para Sicilia le acompañó nuestro poeta; desde Trápana le escribió a su amigo Boscán la *Elegía II*, contándole sus amores y también las fatigas y tristezas porque atravesaha, envidiando la vida que él hacía en España, rodeado de los suyos y dedicado a sus trabajos literarios.

Después de una corta estancia en Trápana, dirigióse Carlos V a Palermo, siendo recibido con entusiasmo por el éxito de su empresa. En esta capital sufrió Garcilaso un gran pesar, pues murió su amigo y pariente el joven D. Bernardino Alvarez de Toledo, hermano del Duque de Alba, y como le quería entrañablemente escribió a su memoria una Elegía para mitigar el intenso dolor que al Duque le había causado tan irreparable pérdida.

De Palermo dispuso el Monarca su viaje a Nápoles, yendo Garcilaso con el séquito imperial, pues ya se encontraba restablecido de sus heridas. La seductora ciudad napolitana recibió solemnemente y con extraordinario regocijo a Carlos V, celebrando en su honor fiestas jamás conocidas por su esplendor y boato.

Durante este tiempo, Garcilaso alternaba las distracciones de la Corte con las obras poéticas, que eran el encanto de las damas y la admiración de los brillantes literatos italianos. Su exquisita delicadeza, trato esmerado y agudo ingenio, le habían colocado en lugar preeminente de la alta sociedad, que le estimaba y distinguía como uno de los más excelsos poetas. Tan favorable concepto queda corroborado por el Cardenal Bembo, pues habiéndole dirigido Garcilaso unos versos, este insigne escritor, al mismo tiempo que le expresaba su más sentida gratitud, hacía calurosos elogios de las excepcionales aptitudes que tenía para manejar el plectro de su armoniosa lira, creyendo que si continuaba con igual entusiasmo cultivando las bellas rimas, le pronosticaba que llegaría a la cumbre del Parnaso español.

# Ca trágica fortaleza de Wuey.

Con motivo de haber fallecido sin sucesión Francisco Sforza, Duque de Milán, debía pasar este ducado a formar parte del imperio, mas el Rey de Francia invadió la Saboya con la pretensión de lograr la ocupación del mismo.

En vista del proceder de los franceses, el Emperador se trasladó de Nápoles a Florencia, acompañado de Garcilaso, y deseando realizar un extenso plan de campaña, dió una comisión diplomática a nuestro poeta, ya meritísimo Capitán, el cual marchó a Génova para comunicar con el Almirante Doria y el Embajador Suárez de Figueroa sobre estos proyectos; luego pasó a Mántua participándoselo al General de la artillería D. Pedro de la Cueva, y también estuvo en Milán conferenciando con el General Leiva, quien aconsejó que se invadiese Francia.

El Emperador, satisfecho de los relevantes servicios prestados por Garcilaso, le nombró Maestre de Campo del Tercio de Infantería española, compuesto de 3.000 hombres, que debían venir de España para pelear en aquella jornada. El 19 de mayo de 1536, llegaron a Saona procedentes de Málaga, las veinticinco galeras que conducían a las citadas tropas, y con ellas el Marqués de Lombay, que deseaba asistir a la guerra, como buen caballero y patriota. Terminado el desembarco del tercio, Garcilaso tomó el mando del mismo.

Una vez concentradas las fuerzas imperiales, Carlos V al frente del ejército invadió la Provenza y puso sitio a Marsella. Mas para llegar a esta plaza, tuvo que vencer grandes dificultades, porque Francisco I había ordenado que los pueblos por donde pasaran las tropas del Emperador, fuesen abandonados sin dejar provisiones. Además, el Monarca francés, que estaba en Aviñón, no quería presentar batalla hasta recibir los refuerzos que esperaba. La situación, por lo tanto, de Carlos V era muy apurada, pues Marsella tampoco se rendía y el ejército diezmábase constantemente, no sólo por las enfermedades adquiridas, efecto del mucho calor que haeía, sino también a causa de la mala alimentación producida por la escasez de víveres. En atención a estas conside-

raciones, el Emperador dispuso la retirada de tan deplorable jornada, en la cual ya había sucumbido el General en Jefe, D. Antonio de Leiva, a consecuencia de una dolorosa enfermedad.

El día 23 de septiembre de 1536, cuando el ejército imperial retornaba con dirección a Niza, se vió sorprendido al atravesar Muey, del fuego que se le hacía desde una pequeña fortaleza defendida por unos cincuenta arcabuceros franceses, los cuales, con sus frecuentes disparos, causaban bajas a los españoles. Al enterarse el Emperador de semejante atrevimiento, ordenó batir la torre con dos piezas de artillería, y aunque fué abierta enorme brecha, los defensores no se rindieron. Entonces Garcilaso, queriendo dar ejemplo, una vez más, de su arrojo y bravura, se destaca de las fuerzas que manda, dirigiéndose solo a la fortaleza. La gente del tercio queda asombrada ante la decisión, arrogancia y gallardía de su Maestre de Campo. Algunos oficiales que conocen la entereza del jefe y adivinan sus intenciones, le siguen a distancia. Los franceses desde su atalaya lo creen un loco, le insultan por su temeridad, se mofan de sus propósitos y rompen el fuego contra él. Garcilaso, sin casco ni armadura, únicamente con espada y rodela, cual si fuera un héroe mitológico y además invulnerable, avanza impávido desafiando a la muerte. En el campo español se observa un profundo silencio, todas las miradas convergen en esta excelsa figura del valor, y las tropas, visiblemente emocionadas y arma al brazo, esperan la orden de asalto. Los oficiales que van en pos de Garcilaso, cuando éste llega al pie de la muralla, le dan alcance y procuran disuadirle de su empeño, más él, con gesto altanero, rechaza sus deseos y se lanza por una escala que había colgada, seguido de dos oficiales. Cuando llega al último peldaño, una gran piedra arrojada por los defensores, choca contra la rodela hiriéndole en la cabeza y le hace descender al foso, arrastrando en su caída a los que valerosamente le seguían. Un grito de angustia se escapa de los pechos españoles. Los soldados del tercio, como impulsados por una fuerza misteriosa, asaltan la torre. El Emperador indignado manda ahorcar a los ocupantes y que la

fortaleza sea demolida. Mientras tanto, recogen del foso a nuestro poeta gravemente herido. Entre los caballeros que le prestan auxilio, está el Marqués de Lombay, quien se halla afectado dolorosamente, pues le quiere como a un hermano. Con todo cariño se hace cargo del herido y lo traslada al palacio de los Duques de Saboya en Niza, donde continúa prodigándole sus consuelos, con gran celo y cuidado, tratando de calmar los dolores físicos que padece. Al saber que la ciencia es inútil, porque las heridas son mortales, le hace comprender la verdadera situación en que se encuentra, y con piadoso altruismo y abnegación sin límites. derrama en su alma el bálsamo consolador de la religión, que Garcilaso acepta tranquilo y con fervoroso anhelo. En la madrugada del 14 de octubre de 1536, el heroico soldado exhala su postrer suspiro en los brazos del Marqués de Lombay, justo y virtuoso varón que al correr del tiempo llega a ser venerado en los altares de la Iglesia católica, con el nombre de San Francisco de Borja. El inanimado cuerpo de Garcilaso fué depositado en el templo de Santo Domingo de Niza, y más tarde, su viuda D.ª Elena de Zúñiga, consiguió lo trasladasen a esta Imperial Toledo, para ser inhumado en el monasterio dominicano de San Pedro Mártir, en el sepulcro de los señores de Batres, en el cual siguen reposando actualmente sus cenizas.

No puede negarse que con la muerte de Garcilaso, ocurrida a los treinta y tres años, en plena juventud, España perdió un gran patriota, el Emperador un bravo capitán y las letras un genio singular.

# Carcilaso de la Vega: Poeta.

La esclarecida inteligencia del ilustre Garcilaso elevó su nombre al pináculo de la inmortalidad. La grandeza de su infatigable y melodioso estro revolucionó la métrica castellana para pulirla y perfeccionarla. Todas las composiciones reflejan con exactitud su vida de emoción, y en todas ellas se acusa claridad, delicadeza, iniciativa, armonía y sublime inspiración para versificar con fluidez e impecable dicción.

Además, sus obras poéticas están impregnadas del perfume delicioso del amor, con plétora de primorosas ternuras, ritmos cadenciosos, seductoras ilusiones y admirable dulzura, exteriorizándose en varias canciones una suave y tierna melancolía, que al mismo tiempo que embriaga el alma, despierta viva y loable simpatía por el vate que las inspiró.

No puede negarse que la forma de sus poesías es de elegante estilo y cálida expresión. Las imágenes surgen de una manera espontánea y acertada, y en cuanto al verso, es verdaderamente castellano, de espléndida brillantez y de gran pureza, estando siempre ajustado a una métrica de grandiosa sonoridad.

Este insigne poeta, a través de sus obras, nos muestra su recia y activa personalidad española, pues no obstante su accidentada peregrinación por Europa, con espíritu aventurero, sintió a cada instante latir su corazón por la Patria, testimoniándolo su bella lira, en la cual vibraban todos sus cantos con la mágica luz de su paisaje y los delicados sentires de su alma.

Su amor por la naturaleza campestre era tan intenso, que en sus narraciones amenas y sencillas nos describe con depurado lenguaje la belleza de los campos, la fragancia de las flores, el murmurar de los ríos, la frondosidad de los árboles y los melífluos trinosde las canoras aves que deleitaban a las Ninfas, que en el caudaloso Tajo tenían su morada.

Como Garcilaso era un gran filólogo, escribía con igual facilidad y éxito versos españoles, italianos o latinos, y durante su residencia en Nápoles llegó a competir con sus ingeniosos vates, porque estaba familiarizado con aquella poética, lo que indica claramente que teniendo tan elevadas cualidades pudo introducir en nuestro idioma la elegante versificación y distintas combinaciones métricas italianas. Aun cuando se cuenta que el Embajador veneciano Andrés Navajero, aconsejó al poeta Juan Boscán acometiera semejantes trabajos literarios, y éste así lo verificó, no hay duda alguna que encontraría serias dificultades, pues sus composiciones fueron de escaso valor, mientras que las rimas de Garcilaso estaban admirablemente versificadas al modo itáli-

co, y con tal fluidez y tersura, que sirvieron de modelo insuperable, fijando la armonía y riqueza de la lengua castellana, cual privilegio singular de los genios. Con toda seguridad, Garcilaso merece los honores del triunfo y el nombre de creador de nuestra escuela poética.

La superior cultura de Garcilaso y el dominio que tenía de las obras clásicas, pudo llevarle conscientemente a la imitación de eximios poetas, entre ellos Virgilio y Horacio, pero esta reminiscencia en nada perjudica a su merecida reputación, puesto que los grandes escritores latinos e italianos, formaron y enriquecieron su literatura bebiendo las aguas puras y cristalinas de las fuentes griegas. Virgilio fué imitador del famoso vate griego Teócrito, en sus Bucólicas y Geórgicas. También Horacio, autor de notables Odas, imitó al célebre poeta lírico griego Píndaro. Y sin embargo, tanto Virgilio como Horacio, siguen siendo grandes figuras del Parnaso latino.

Aunque todas las composiciones de nuestro poeta llevaban su sello personal y patriótico, algunos de sus comentadores, como Francisco Sánchez de las Brozas y Fernando de Herrera, grandes literatos y representantes de las escuelas salmantina y sevillana, respectivamente, estuvieron más atentos de exhibir erudición propia que a los méritos de Garcilaso, al que consideraban falto de originalidad, cuando es innegable que por su conocimiento de la poética italiana, supo asimilarse sus formas y moldearlas a la métrica castellana, en la cual derramó todo el acervo de su inspiración fecunda.

La extraordinaria posesión que tenía Garcilaso de nuestra lengua le permitió adaptar fácilmente a ella el endecasílabo, pudiendo asegurar que su genial numen le hizo escribir magníficos sonetos, admirables odas, delicadas canciones, maravillosos tercetos y otras bellas rimas que fueron modelos de inestimable valor en la nueva poética española.

Tan grande es su figura en nuestras letras, que rememora a los magnánimos escritores Homero, Cicerón y el Petrarca, que con sus meritorias obras pulieron y fijaron los bellos y respectivos idiomas griego, latino e italiano. Misión idéntica es la que cumplió Garcilaso en la lengua castellana, dándole a sus poesías la pureza, elegancia y perfección que necesitaban para emanciparse y adquirir personalidad propia.

A pesar de los defectos que puedan tener sus obras, fué considerado como un clásico, pues recibió el honor del comentario y de la anotación. En su corta vida escribió páginas gloriosas,

«tomando ora la espada, ora la pluma»,

lo que da una idea palmaria, que si en los albores de su juventud y en medio de sus andanzas y vicisitudes por el mundo, se le otorgó el título de Príncipe de los poetas líricos castellanos, hay que confesar sin rebozo que era un genio, y sus poesías tienen el encanto característico de lo inmortal.

El mérito de las obras de Garcilaso, llegó a ser reconocido por los más ilustres escritores nacionales y extranjeros de su época, y fueron traducidas a varios idiomas. También puede afirmarse que sus bellas composiciones han servido de consulta a los más grandes poetas españoles, debiendo significar además, que en el trancurso del tiempo sus poesías son más apreciadas y se las considera como verdaderas joyas de la literatura española.

¿Admiradores de Garcilaso? Herrera, Tamayo de Vargas, Fray Luis de León, Cervantes, Lope Félix de Vega Carpio, Luis de Góngora, Marchena, Saavedra Fajardo y, ¿a qué citar más?

Es lamentable que no hayan llegado hasta nosotros todas sus obras y las que conocemos hay que agradecérselo a la benevolencia de su íntimo amigo Boscán, que deseando publicar las suyas unió a ellas cuantas conservaba de nuestro poeta. Mas habiéndole sorprendido la muerte antes de ver realizados sus deseos, tuvo que hacerlo su viuda D.ª Ana Girón de Rebolledo, y en 1543 se publicaron con el título de Las obras de Boscán y algunas de Garcilaso de la Vega, repartidas en quatro libros». Durante mucho tiempo aparecieron juntas las rimas de estos poetas, si bien más tarde comenzaron a publicarse separadamente.

Las obras que poseemos de Garcilaso son: tres Égoglas, dos Elegías, una Epístola, cinco Canciones y treinta y siete Sonetos. De todas las poesías, la primera égloga es la mejor. La vida de este gran poeta, se halla fielmente retratada en todas su bellísimas composiciones, puesto que nos habla en ellas de sus intensos amores y sufrimientos, de la gratitud y afecto que sentía por sus protectores y amigos, a quienes enaltece, de las tristezas y amarguras pasadas en su destierro, de los sucesos y aventuras acaecidas durante sus viajes, de los horrores y fatigas que producen las guerras y de sus anhelos por engrandecer la Patria.

Las églogas expresan admirablemente las tres deliciosas épocas de su corazón; infancia, adolescencia y juventud, brillando, al mismo tiempo, con radiantes fulgores la singular belleza de las Musas y Ninfas que intervienen. Para el poeta, es la mujer el maravilloso e inagotable manantial de donde emana su inspiración, fluyendo ésta unas veces halagadora y emotiva, otras incrédula y triste, mas en todo momento sonora y expresiva. Así es, que en sus tres églogas, cuando habla de amores, su alma experimenta múltiples sensaciones, que nos trasmite con trazo vigoroso. Por eso, vemos tan prodigiosamente descritos los sufrimientos que padece el pastor Nemoroso con la muerte de su amada y con llanto en los ojos exclama:

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía, cuando en aqueste valle al fresco viento andábamos cogiendo tiernas flores, que había de ver con largo apartamiento venir el triste y solitario día que diese amargo fin a mis amores? El cielo en mis dolores cargó la mano tanto, que a sempiterno llanto y a triste soledad me ha condenado; y lo que siento más es verme atado a la pesada vida y enojosa, sólo, desamparado, ciego, sin lumbre en cárcel tenebrosa.

Como las pasiones de sus personajes son profundamente humanas, comprendemos los terribles celos que siente el pastor Salicio por la bella Galetea, cuando desesperado lanza . al viento sus penas diciendo:

¡Oh más dura que mármol a mis quejas, y al encendido fuego en que me quemo más helada que nieve, Galatea! Estoy muriendo, y aún la vida temo, témola con razón, pues tú me dejas; que no hay, sin tí, el vivir para qué sea. Vergüenza he que me vea ninguno en tal estado, de tí desamparado, y de mí mismo yo me corro agora. ¿De un alma te desdeñas ser señora, donde siempre moraste, no pudiendo dellà salir un hora? Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

También nos pinta con tristes tonalidades el amargo desconsuelo que sufre otro pastor llamado Albanio, cuando es abandonado por Camila, la mujer a quien adora, y con arrebatada expresión declama:

> Y sin mirarme, desdeñosa y fiera no se qué allá entre dientes murmurando, me dejó aquí, y aquí quiere que muera.

El intenso dolor que siente el pastor Nemoroso por la muerte de Elisa, hace que una de las bellas Ninfas, condolida del funesto y triste caso, escriba en la corteza de un álamo el siguiente epitafio:

«Elisa soy, en cuyo nombre suena y se lamenta el monte cavernoso, testigo del dolor y grave pena en que por mí se aflige Nemoroso, y llama Elisa, Elisa a boca llena responde el Tajo, y lleva presuroso al mar de Lusitania el nombre mío donde será escuchado, yo lo fío.»

Además, nuestro corazón se llena de ternura al sentir el amoroso canto del pastor Tirreno, por la seductora Flérida, la mujer de sus ensueños, cuando interpreta con voz sonora:

Flérida, para mí dulce y sabrosa más que la fruta del cercado ajeno, más blanca que la leche, y más hermosa que el prado por abril de flores lleno: si tú respondes pura y amorosa al verdadero amor de tu Tirreno, a mi majada arribarás primero, que el cielo nos amuestre su lucero.

Siendo Garcilaso un filósofo profundo conocía perfectamente a los hombres, sus yerros, sus ambiciones y los estragos que por sus culpas ocasionaban las continuas guerras, cuyo pensamiento lo exterioriza con acritud y firmeza al lamentar la muerte de D. Bernardino Alvarez de Toledo, hermano del duque de Alba. Escuchemos sus palabras:

¿A quién ya de nosotros el exceso de guerras, de peligros y destierro no toca, y no ha cansado el gran proceso?
¿Quién no vió desparcir su sangre al hierro del enemigo? ¿Quién no vió su vida perder mil veces, y escapar por yerro?
¿De cuántos queda y quedará perdida la casa, y la mujer, y la memoria, y de otros la hacienda despedida?
¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria? ¿Algunos premios o agradecimientos? Sabrálo quien leyere nuestra historia.

Veráse allí que como polvo al viento, así se deshará nuestra fatiga ante quien se endereza nuestro intento.

Con naturalidad y donaire nos refiere, en carta dirigida a su amigo Boscán, las molestías sufridas y la pobreza que padecía, al retornar de Barcelona a Nápoles por tierra, atravesando la Provenza. Oigamos su relato; ¡Oh cuán corrido estoy y arrepentido de haberos alabado el tratamiento del camino de Francia y las posadas! Corrido de que ya por mentiroso con razón me tendréis; arrepentido de haber perdido tiempo en alabaros, cosa tan dina ya de vituperio; donde no hallaréis sino mentiras, vinos acedos, camareras feas, varletes codiciosos, malas postas, gran paga, poco argen, largo camino; llegar al fin a Nápoles no habiendo dejado allá enterrado algún tesoro, salvo si no decís que es enterrado lo que nunca se halla ni se tiene.

El destierro que sufrió nuestro poeta en la isla de Schut del Danubio, llena su alma de tristeza y amargura, que nos conmueve sensiblemente, cuando refiere:

Aquí estuve yo puesto,
o por mejor decillo,
preso, forzado y solo en tierra ajena;
bien puede hacer esto
en quien puede sufrillo
y en quien él a sí mismo se condena.
Tengo sólo una pena,
sí muero desterrado
y en tanta desventura,
que piensen por ventura
que juntos tantos males me han llevado:
y sé yo bien que muero
por sólo aquello que morir espero.

Si nos fijamos en la canción A la flor de Gnido, que es una bella oda erótica, admiramos el alma pródiga de Garcilaso, al escribirla en favor de su amigo Mario Galeota, para suplicar a la desdeñosa Catalina San Severino corresponda a su amor. Dice así: Hablo de aquel cativo, de quien tener se debe más cuidado, que está muriendo vivo, al remo condenado, en la concha de Venus amarrado.

Y donde nos comunica verdaderamente la ternura de su corazón, embriagado por un amor puro y sincero, es cuando expresa a la mujer soñada:

> Yo no nací sino para quereros; mi alma os ha cortado a su medida; por hábito del alma misma os quiero. Cuanto tengo confieso yo deberos; por vos nací, por vos tengo la vida, por vos he de morir y por vos muero.

Finalmente, el alma del poeta llora desconsolada lo que antes había enaltecido, según se desprende del magnífico soneto, que dice:

¡Oh dulces prendas, por mí mai halladas, dulces y alegres cuando Dios quería!

Juntas estáis en la memoria mía,
y con ella en mi muerte conjuradas.
¿Quién me dijera, cuando en las pasadas horas en tanto bien por vos me vía, que me habíais de ser en algún día con tan grave dolor representadas?

Pues en un hora junto me llevastes todo el bien que por términos me distes, llevadme junto el mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes en tantos bienes, porque deseastes verme morir entre memorias tristes.

A este vate genial, que escaló gloriosamente la cima inmortal del Parnaso español, mereciendo el título de Príncipe de la poesía lírica, y siendo el primer poeta del Siglo de Oro, todavía no se le ha erigido un monumento en esta ciudad donde nació. Sin embargo, hace años que la imperial Toledo tuvo el propósito de llevarlo a cabo, mas no llegó a realizarse por circunstancias especiales dignas de mención.

# TERCERA PELÍCULA

# La estatua de Garcilaso de la Vega.

ORRÍA el año de 1866. La Diputación Provincial de Toledo, queriendo honrar la memoria de cuatro de los más ilustres hijos de esta ciudad y su provincia, acordó en la sesión de 4 de febrero (1), se construyesen los monumentos del Padre Juan de Mariana, Alfonso X el Sabio. Juan de Padilla y Garcilaso de la Vega, y también un obelisco y un panteón. Para llevar a la realidad tan noble y patriótico pensamiento, se sacó a «concurso, exigiendo planos y presupuestos detallados, y señalando como estímulo y premio la cantidad de 1.500 reales para cada uno de los proyectos de las cuatro figuras, y 1.000 para el obelisco y panteón respectivamente que en la Academia de Bellas Artes de San Fernando obtuvieran mejor censura, y la mitad de estas cantidades como premio para los de accésit, cuya suma total de 12.000 reales se cargaría al capítulo de imprevistos del presupuesto corriente». Al propio tiempo, el Gobierno autorizó que en el Boletín Oficial de la provincia se abriese una suscripción para contribuir a este loable propósito.

Entre los concursantes debió hallarse el escultor toledano D. Eugenio Duque, a quien la Diputación tenía en aquella época pensionado en Roma, puesto que en la primera Exposición artística e industrial de la provincia de Toledo que se celebró en el Hospital de Tavera, de esta capital, en el mes de agosto del mismo año, figuró el Sr. Duque en la sección correspondiente de escultura, con tres estatuas en yeso, la

<sup>(1)</sup> Libros de actas de la Diputación Provincial, años de 1866-67.

primera, del Rey Alfonso X el Sabio; la segunda, del historiador Padre Mariana, y la tercera, del poeta Garcilaso de la Vega, exhibiéndose además un álbum con las fotografías de estos monumentos y también las del obelisco y panteón a que se refiere el concurso.

Como la Academia de San Fernando emitió informe desfavorable sobre los proyectos presentados, la Diputación provincial acordó, en la sesión de 9 de julio de 1867, aceptar ese dictamen, devolviendo a los artistas que concursaron sus respectivos trabajos, haciendo nuevo ingreso en Depositaría de las cantidades designadas para dichos monumentos, así como entregar a las Corporaciones, Entidades y particulares, las sumas con que habían contribuído a tal objeto.

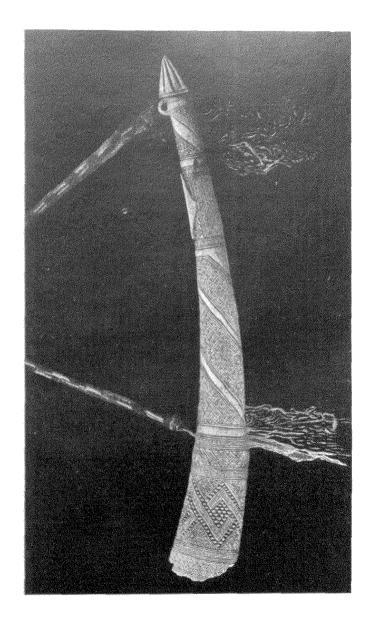
Han transcurrido sesenta y nueve años de estos sucesos, sin que se le haya erigido un monumento a Garcilaso de la Vega. No obstante, la capital toledana ha dado su nombre a la calle donde se hallaba la mansión en que vino al mundo el genial poeta-soldado, prez de Toledo y gloria de España, dedicándole una lápida evocadora que dice:

«AQUÍ ESTUVO LA CASA SOLARIEGA DONDE NACIÓ EN 1503 EL INSIGNE VATE—PRÍNCIPE DE LOS POETAS LÍRICOS CASTELLA-NOS—Y VARÓN ESFORZADO EN EMPRESAS MILITARES, GARCILA-SO DE LA VEGA.

LA IMPERIAL CIUDAD DEDICA ESTE HUMILDE RECUERDO A LA PERDURABLE MEMORIA DE TAN ESCLARECIDO HIJO.

17 DE AGOSTO DE 1900».

HE DICHO.



Bocina de marni esculpido, usada por Garcilaso de la Vega. (Donavión del Conde de Priedes de Xavo at Musea de la Infanteria.)